

Lección No. 20.- (23): LA EVANGELIZACIÓN EN LA PASTORAL
El Obispo con el Presbiterio, Diaconado y Laicado en equipo evangelizador

81 . LA CONSIGNA DEL AÑO SANTO

Paulo VI está terminando ya su cátedra sobre Evangelización después de que durante todo este curso para llegar a ser nosotros agentes bien preparados como evangelizadores, nos ha mostrado en una panorámica municiosa todos los aspectos que encierra la sublime tarea de llevar a los demás la Buena Nueva salvadora de la humanidad.

Comenzó mostrándonos a Cristo nuestro Salvador en su aspecto de supremo evangelizador, primer Evangelizador, Evangelizador fundador de la Iglesia; a la que constituyó precisamente a fin de que su Cuerpo Místico siguiera y mantuviera la Evangelización hasta el fin de los siglos.

El ser, así, miembro activo de la Iglesia encierra por sí mismo el compromiso de evangelizar.

Pasó luego a enseñarnos qué es, en qué consiste esa tarea a nosotros encomendada por Cristo de evangelizar a los demás. No de otro modo puede lanzarse el cristiano a cumplir con el trabajo apostólico de sí la esencia del Anuncio mismo que dentro de él ha de volverse un incentivo apremiante.

Siguió ilustrándonos acerca del contenido de la Evangelización. Una serie de lecciones que bien aprovechadas dejan al misionero en situación de saber qué es la sustancia del Anuncio, a fin de que en conociéndola lo mejor posible sea él capaz de entregar el Mensaje a sus destinatarios.

Utilísimo –más ahora que nunca– en la era del perfeccionamiento de la ciencia y la técnica de los medios de la comunicación social– es saber con qué medios se cuenta para la entrega del Mensaje Evangélico.

Si desde los tiempos apostólicos a nuestros días la humanidad ha descubierto y empleado adelantos que maravillan en nuestro siglo, antes que cualquier otra noticia es la Buena Nueva de la Salvación la noticia principalísima que los medios de comunicación social deben llevar.

Y a su vez, en orden a su importancia y trascendencia hasta la eternidad, la Evangelización tiene urgencia de valerse de todos los medios a su alcance para llegar a todos los rincones del mundo hasta donde no quede hombre sin conocer el Evangelio.

¿A quiénes va dirigido el Mensaje de la Salvación? Es un capítulo en que el Papa se detiene para que el evangelizador tenga ocasión de conocer aquellos a quienes ha de entregar el Mensaje, no sólo, sino cómo ha de abordarlos según sea la disponibilidad de ellos, su capacidad de captación y el momento oportuno de recibirlo.

Pero lo que más importa para la debida formación de los que habrán

de llevar el Evangelio al conocimiento de los demás está contenido en los dos últimos apartados, y conviene muchísimo no sólo fijarse con detenimiento en esto durante el estudio del curso de evangelizador que abarca esta parte del tercer grado, sino volver con frecuencia a su repaso y rumia reflexiva, pues en ello va que nos podamos mantener dentro de la línea del auténtico apóstol.

LOS AGENTES PARA LA EVANGELIZACIÓN: No pueden ser otros que aquéllos a los que Cristo llamó: «y a los que predestinó, a esos también los justificó, y a los que justificó, a esos también los glorificó» (Rm 8, 30).

Ciertamente no solo para el bien de ellos mismos, sino para que integraran la Iglesia misionera, según Cristo dejó establecido: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que Yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca» (Jn 15, 16).

La permanencia del fruto solo puede quedar garantizada a la vista del mundo por la permanencia también del apóstol en el apostolado. Ser auténtico evangelizador es serlo para siempre.

¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis?

¿Predicáis verdaderamente lo que vivís? Son preguntas, dice San Paulo VI, que el mundo nos hace. En caso afirmativo es evidente que esa respuesta debe mantenerse hasta el fin de nuestras vidas. Caso contrario, habremos demostrado que ni vivíamos lo que pregonábamos, ni creíamos que fuera cierto el anuncio de portábamos, con gran escándalo para el mundo.

Agentes de Evangelización que, una vez justificados, permanezcan en la verdad y en la santidad, promotores del amor y la unidad. Este conjunto constituye el testimonio que moverá únicamente a la conversión del mundo. El anuncio no acompañado de este testimonio obtendrá un pobre e inestable fruto.

EL ESPÍRITU DE LA EVANGELIZACIÓN es, como hemos dicho la vida interior misma del auténtico evangelizador. Sin él el mensajero estará hueco, vacío, débil e incapaz de comunicar la existencia cristiana, porque ser cristiano es a la vez comunicante y receptor. Es un toma y daca de reciprocidad espiritual. Y si tienes tu interior hueco ¿qué comunicarás? Si bloqueas con apatía la relación espiritual con los evangelizados ¿Qué podrás recibir de lo que ellos te comuniquen? Es así explicable que a veces se den grupos de apostolado en que la tibieza haya hecho presa de todos sus miembros: el evangelizador sólo tenía apariencias exteriores que ofrecer.

Aquel año Santo de 1975, el Sínodo de los Obispos había pedido al Papa que vertiera en un documento pontificio el acervo de frutos obtenidos durante el Sínodo. El Pontífice cumplió ampliamente esta tarea, no tan sólo doctrinalmente, sino que en el nombre del documento mismo quiso dejar expresada su preocupación porque el contenido penetrara en el pueblo cristiano, que calara en lo más hondo hasta, conseguir mover la inercia de los apóstoles tibios; lo llamó "exhortación" y todavía en este penúltimo número 81 exhorta hacer brotar, dice, un grito de su alma a fin de ser escuchado.

La “*Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi*” es eso, llamada llena de preocupación del Vicario de Cristo a todos los cristianos a fin de que a fuerza de gritar él sea escuchado, comprendido y atendido su llamado; hay extrema necesidad y expectación en multitudes de hombres sobre la tierra, ansiosos de recibir la Verdad de Dios cuando se han desengañado de tantas falsas promesas de líderes e ideologías materialistas.

Ellos, sedientos de verdad, de consuelo y buscadores de una meta, presienten dentro de sí el último fin para el que ellos han sido creados.

Ciertamente es el Mensaje de Salvación de Jesucristo su última esperanza, y ¿quién se la dará a conocer, sino los miembros del único instrumento de Salvación que Cristo dejó fundado sobre la tierra que es la Iglesia? Si nosotros somos remisos a esa obligación ¿Quién podrá darles el alimento y la bebida que a ciegas buscan, el de la Palabra de Dios?

Fue 1975 un Año Jubilar (como el del año 2000) que tuvo una característica, la impronta de la Evangelización. Pero esto no ha de tomarse como algo como que el año 1975 ya pasó. Ese año Santo brilló por el Mensaje de Salvación que dejó, pero ese mismo Mensaje tendrá que garantizar su permanencia —la de su brillo— hasta el fin de los tiempos, como que la Evangelización del mundo deberá seguir siendo para la Iglesia la tarea esencial de proyección escatológica tal que a su término se seguirá como fruto consecuente la plenitud del Reino de Dios sin fin.

Dos consignas fundamentales fueron las que determinaron la iniciación del Año Santo 1975: «*vestíos del hombre nuevo*» (Efe 4, 24) es la primera, que encuentra su cómo en la segunda: «*reconciliaos con Dios*» (2 Cor 5, 20).

Una y otra son de permanente necesidad para el apóstol como para el evangelizando. En efecto, el evangelizador requiere de continuo ir despojándose de todo lastre que tiende a detener su carrera evangelizadora. En la medida que se vaya despojando del peso frenante de los vicios del hombre viejo mediante su continua reconciliación con Dios, será más y más efectiva su labor apostólica.

En la medida que se despoje del hombre viejo podrá dar al evangelizando la imagen del hombre nuevo para dar el testimonio convincente de que hemos hablado, que en él abarcó a tal grado todos los aspectos de la evangelización que los libros y tratados sobre Evangelización que han sido escritos después de *Evangelii Nuntiandi* (ne: por ejemplo *Catechesi tradendae*, 1979, de San Juan Pablo II y *Evangelii Gaudium*, 2013 del Papa Francisco) han abundado ampliamente sobre esta Exhortación Apostólica.

A no dudar; tuvimos en Paulo VI al Papa de la Evangelización, no tan sólo porque fue el autor de este Documento de tan gran altura de enseñanza, sino porque en la realidad práctica fue enorme su preocupación porque los pueblos que aún no han recibido el Mensaje de Salvación sean debidamente atendidos; porque los cristianos de todas las naciones que forman la “*Cristiandad*” se mantengan efectivamente cristianizados, de manera que no lo sean únicamente por título, sino porque en ellos sobreabunda la Vida Divina.

Dentro del mismo Documento que hemos venido estudiando durante todo este tercer grado, Paulo VI tuvo la preocupación de dejarnos a todos los cristianos la lección expuesta con instancia que nos mostrara toda la importancia de ser evangelizadores -evangelizando a los demás y a su vez, con el mismo peso e importancia, evangelizándonos por la acción evangelizadora de los demás, alumnos y dirigentes- y los mejores evangelizadores que vivan el Evangelio y que por vivirlo profundamente, sean capaces de convencer ante todo por su ejemplo de vida.

Tras el estudio pormenorizado de la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, no se puede menos que agradecer al Señor por enriquecer a la Iglesia Universal con tan preciosa lección que agota totalmente el tema que se proponía su autor. Debido a esto, el apóstol y el misionero deben tener especial cuidado de volver una y otra vez al estudio del Documento, reflexionar sus conceptos, profundizar su doctrina y observar sus enseñanzas ya en la práctica de la evangelización.

Quisiéramos que el alumno, que el dirigente de este tercer grado que han venido siguiendo este curso sobre Evangelización se mantengan permanentemente en la posición prudente de quien entiende la facilidad degenerativa que tiene su principio en la voluntad afectada por el pecado original. Con base en la reflexión que el mismo Paulo VI nos hace acerca de la importancia de que el testimonio del evangelizador se prolongue en el tiempo sin término mediante una perseverancia sin límite en la tarea de la Evangelización, a fin de evitar ser causa de escándalo por causa de su retiro, con base en esta advertencia, al finalizar ya este curso deseamos invitar a nuestros alumnos evangelizadores a que su compromiso con Jesucristo sea perpetuo para siempre, a más de que recibirán en lo que resta del curso de tercer grado, formación en el apostolado asistencial, en la catequesis, y en la misión, para que así al finalizar su tercer grado hayan recibido formación para ser: evangelizadores, caritativos, efectivos, catequistas y misioneros.

Tómese en cuenta que un compromiso a corto plazo no permite de ninguna manera establecer sólida firmeza a ninguna obra de cualquier clase que sea. La inestabilidad del actor impide que haya confianza en el futuro de la obra. Un compromiso a largo plazo da cierta seguridad y confianza en que luego llegarán

Esta misión de Evangelización es retomada con todo vigor por el Papa San Juan Pablo II en "*Redemptoris missio*" (ne: *la Misión del Redentor, lecciones 35 a 43, de este tercer grado*) y que por él mismo es el "*Papa peregrino*", que sin medir peligros, esfuerzos, cansancio, fatiga y desgaste, da todo por ello, es un gran testimonio que nos debe despertar la conciencia a quienes hemos tomado y dirigido este curso tan completo de Evangelización. Nos debemos decidir de una vez por todas a ser en verdad miembros útiles de la Iglesia, la que al ser signo e instrumento de salvación, por esencia es misionera.

Ante tan convincente testimonio del Papa ¿quién no se siente edificado para dejarse transformar por la predicación? ¡tan cargada de vida eterna en Cristo Salvador!, sólo Jesucristo es quien da tal "*impetu misionero*" a sus transmisiones.

Para ello es indispensable ser:

- * Dócil a la acción de Dios
- * Sencillo para reconocer que todo es obra de Dios
- * Unido a Dios, pues nadie da lo que no tiene
- * Auténtico para vivir antes que nada lo que predicamos

Si después de recibir tanto no hemos sido capaces de transformarnos en evangelizador, quizá sea porque no hemos abierto nuestra mente y el corazón a la voluntad de Dios y a la de tantos Papas que con su ejemplo y predicación nos están exhortando para que seamos instrumento de evangelización dentro de todos los ambientes del mundo.

Es una gran oportunidad para demostrar que en verdad nos hemos impregnado de Dios y de su espíritu misionero, preparándonos convenientemente, organizadamente y espiritualmente colaborando en la gran misión que tanto desea el Papa Francisco -y todos los Papas anteriores- y que nuestros Obispos apoyan con tanto entusiasmo.

Esta misión requiere de gente seriamente comprometida, como ya lo señalaba un párrafo anterior, con una entrega total, pues la misión que nos espera es urgente, ardua y permanente, por tanta carencia espiritual que sufre la humanidad y la pérdida de valores que es urgente retomar.

Si queremos que si como hubo el Año Santo 1975 y el Año Santo 2000, así, cada año que vivamos sea un año de bendición para la humanidad, nos corresponde a nosotros trabajar para ese fin.

“La fe se fortalece dándola”, palabras tan claras y comprometedoras para quienes hemos recibido la fe, y que quizá descuidamos por no vivirla, ni transmitirla, por apatía o falta de compromiso .

82. MARÍA ESTRELLA DE LA EVANGELIZACIÓN

El ejemplo evangelizador de la Santísima Virgen

Llega Paulo VI al final de su magnífica enseñanza sobre Evangelización, y no lo podía hacer este gran Papa intensamente mariano sin aludir a María Santísima en su aspecto de evangelizadora, él que proclamó a la Virgen María, Madre de la Iglesia, (*ne: Lo proclamó en el Concilio Vaticano II*) tenía que presentarla a los ojos de la Comunidad Cuerpo Místico de Cristo en toda la grandeza de su misión, la que el Padre le encomendara el mismo día de la Encarnación de su Hijo Divino.

En efecto, al aceptar la Santísima Virgen su misión de Madre, junto con ella le vino la de evangelizadora, y al concebir virginalmente al autor de toda evangelización, ella realizó el primer hecho evangelizador.

Quiso el Todo poderoso valerse de María para introducirse en la historia humana como un hombre más –el Hombre por excelencia y el Evangelizador de quien procede toda evangelización-, y por consecuencia su Madre fue actora incipiente en el anuncio de la Salvación.

De ahí en adelante, todo acto eclesial de María viene ser a la vez evangelizador, y actos eclesiales de la Virgen Santísima fueron todas sus intervenciones en la cooperación del Redentor; ella convierte las Bodas de Caná en circunstancia evangelizadora para los Apóstoles ahí presentes y conscientes del hecho milagroso; ella está presente en la mente de los que escuchan a su Hijo predicar y le ven realizar prodigios, al punto de que otra mujer no puede contener un elogio para ella: «¡Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron!» (Lc 11, 27).

Ella acepta como nadie lo pudiera hacer su papel de corredentora y al pie de la Cruz predica con dolor ejemplar y con donación total el valor infinito de la Redención de Jesús.

Pero indudablemente María es después de Jesús la que evangeliza a la Iglesia naciente cuando con su actitud expectante del Espíritu Santo convence a los discípulos con la palabra y el ejemplo de la actitud de oración y amor comunitario que han de guardar en espera del Paráclito.

Ella inspira en los Doce el entusiasmo para ir a predicar, como sostiene después en la persecución desatada el espíritu de perseverancia hasta el fin. Ella los convoca a la última reunión prodigiosa de ellos en derredor de su lecho y de su sepulcro para hacerlos nuevamente testigos, esta vez, de su propia exaltación, y en este último testimonio del Poder de Dios en ella, ellos renuevan su fe y su fortaleza para ir a predicar sin detenerse hasta el martirio.

María, Virgen e Inmaculada por regalo de Dios; Madre de Dios, por consentimiento propio; fue y sigue siendo hasta el fin de los tiempos el alma mater de la Iglesia, su convocadora, su sostenedora, estrella que guía y amor maternal que protege, sostiene y mueve. Si tiempos difíciles para la Iglesia presenció ella en vida temporal, de persecución y sufrimiento para los primeros miembros de la Iglesia, no está menos presente hoy en la Iglesia para seguir contemplando las vicisitudes—y a la vez los prodigios sostenedores— del Cristianismo. María sigue siendo evangelizadora como Madre hasta el fin.

En la medida que seamos marianos seremos apóstoles. Paulo VI pone en su propia boca las palabras de Aquel cuyo nombre tomó al ser Papa: San Pablo le presta sus expresiones paternales para dar término a esta Exhortación. Ha escogido del Apóstol la tierna despedida a los filipenses, seguramente con vehemente deseo de mostrarnos su propio interior pleno de amor, de ternura, de donación.

A corta distancia ya de su muerte (*ne: la de San Pablo, y del mismo Papa Pablo VI*), un martirio de vejez, y falta de salud avanzadas los autorizaban a poner a Dios por testigo de su afecto por su grey.

Un Pontífice que sufrió con amargura intensa los ataques de ambos bandos porque le tocó poner en marcha las resoluciones del Concilio Vaticano II. Cómodamente pudo dejar correr tranquila y adormecidas las corrientes antiguas de la Iglesia en vez de renovarlas en busca de una puesta al día que la hiciera capaz de afrontar un mundo nuevo con problemas nuevos, pero al fin un mundo que sigue siendo el que ha de con-

Derechos reservados, prohibida su reproducción por cualquier medio

cando nuestra comunión en el Evangelio, trabajando por confirmarnos en el Evangelio, llevando a la Iglesia universal dentro del corazón de padre.

Al principio de este curso sobre Evangelización hicimos notar al alumno que después de cursar Dogma, Moral y formación de dirigentes, más la eclesiología y demás asignaturas, valiéndose de las enseñanzas de muchos, en este curso su único maestro habría de ser nada menos que un Papa. Que bien podríamos imaginárnoslo sentado en la cátedra frente a nosotros aleccionándonos acerca de qué es proclamar la Buena Nueva; enseñándonos peligros y dificultades. Mostrándonos las virtudes necesarias para llegar a ser evangelizadores auténticos, inculcándonos la devoción a María y a los Santos que nos precedieron en la tarea evangelizadora del mundo.

Paulo VI ha cumplido lo que se propuso y prometió al principio de este Documento. Pero sus enseñanzas no serán eficaces en el concurso de nuestra resolución de seguirlas o no.

Es de tal importancia la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* que los años transcurridos desde su expedición en la festividad de la Inmaculada Concepción de María Santísima del año 1975, nos ha mostrado cuán eficaz ha sido para la Iglesia Universal su contenido. Bien puede decirse que todo tratado acerca del Evangelio, de la Evangelización y hasta la Catequesis que a partir de entonces se haya escrito, no ha quedado fuera de la influencia de esta Exhortación Pontificia. Mucho podrá decirse en los tiempos futuros dentro de la Iglesia sobre estas materias; con seguridad nada de lo que se diga quedará fuera de la influencia de San Paulo VI y su *Evangelii nuntiandi*.

Volvamos una y otra vez a profundizar en el estudio de *Evangelii Nuntiandi*; inspirándonos en ella cuantas ocasiones tengamos que ser evangelizadores. Otras fuentes podrán darnos a beber la ciencia de la Evangelización y nos podrán ayudar a formarnos como apóstoles. Pero el concurso del contenido de la Exhortación Apostólica "*Evangelii Nuntiandi*" es primordial para conseguirlo.

Sin embargo, una cosa debemos tener presente siempre dentro de nosotros mismos, en nuestro pensamiento y en nuestro corazón. Y es esta: este Documento Pontificio –tan importante y útil en la formación del evangelizador– y todos los libros que se hayan escrito y se escribirán sobre el tema de la Evangelización y sobre la persona de los evangelizadores, nunca serán suficientes para que éstos últimos existan formados en todo el tamaño que deben tener, capaces que todos los riesgos que deben afrontar, con toda la erudición que tendrán que mostrar, fieles al Evangelio que van a proponer, llenos de vida interior, -la vida de entera santidad tan necesaria que ahonde vivir-, si además de haberse consagrado al estudio de tanta literatura que no se deciden a dar el paso de ponerlo todo en práctica PARA SIEMPRE DURANTE TODO EL RESTO DE SU EXISTENCIA.

Hay cosas que no dan los libros ni los documentos –por muy completos y convincentes que sean-. Entre ellas está la entrega TOTAL de sí mismo que es fuerza que generosamente se decida a poner el apóstol.

«Otro de sus discípulos –dice el Evangelio (Mt 8, 21-22)- le dijo: 'Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre'. Dícele Jesús: 'Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos'». Pues si tan importante es seguir a Jesús en el apostolado, que aún eso resulta secundario, ¿cómo pueden presentarse a veces casos de cristianos, que pretenden ser apóstoles por temporadas, hasta cierto momento de su vida, sin el compromiso definitivo de llegar hasta el final de su existencia inmersos en una aventura apasionante que debieron abrazar hasta la muerte?

"Siempre fiel" nos ha instruido Juan Pablo II desde la puerta central de la Catedral de México el 26 de Enero de 1979 en tanto que su escudo ostentaba el "TOTUS TOUS" "TODO TUYO".

Quien es "todo tuyo" no tiene límite en la entrega, el que es "siempre fiel" lo es para siempre, hasta el último aliento, como su Señor y Maestro que únicamente tras de un «*Todo está cumplido*», inclinó la cabeza y entregó el espíritu» (Jn 19, 30).

De los que totalmente se entregan con Cristo a la conquista de su Reino es de quienes Él habla cuando dice: «*Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como Yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono*» (Ap 3, 21).

La conquista del Reino de Cristo nos está exigiendo hoy más que nunca la entrega sin límites, ni de esfuerzo, ni de tiempo, ni de años. EL CRISTIANO APOSTÓLICO NO ES NI PUEDE SER UN SANTO EN VACACIONES. Sólo de esta manera pueden fincarse las grandes obras apostólicas. Nada se puede emprender ni construir sobre la oferta de un servicio a medio fuego, por horas, por meses o por años.

No menos generoso será Aquél que nos conquistó, que nos hizo siervos útiles, cuando éramos inútiles, elevándonos así a la categoría sublime de colaboradores suyos para los que tiene reservada la participación de su gloria: «*El vencedor será así revestido de blancas vestiduras y no borraré su nombre del libro de la vida, sino que me declararé por él delante de mi Padre y de sus Ángeles*» (Ap 3,5).

CONSIDERACIONES

Hemos terminado esta travesía de explicar simultáneamente a alumnos y dirigentes la lectura de la Exhortación Apostólica Evangelii nuntiandi, de S. S. San Pablo VI.

Desde la primera lección explicamos el porqué: «es tal la riqueza de conceptos, de doctrina, indicaciones, enseñanzas y recomendaciones que el documento contiene, y es a la vez tan preciso y refinado su lenguaje y estilo, así como necesariamente escogidos sus vocablos, que para muchos es como la leche condensada que, rica en su valor alimenticio, se hace necesario disolverla para facilitar su comprensión».

Nuestra formación evangelizadora termina aquí en cuanto el estudio, no en la práctica, pero el tercer grado es apostólico, por lo que nos falta recibir Apostolado asistencial, Pastoral Social, Catequesis, Misión, Regla Pastoral. Nuestros maestros, dos Papas y además santos, San Juan Pablo II y San Gregorio Magno.